

# LA ÉTICA DE LAS CIENCIAS HUMANAS EN LA ENCRUCIJADA

Salvador Giner\*

## Resumen

*Fue un honor y un privilegio para mí que el Sr. Rector de la Universidad de Costa Rica, el Dr. Gabriel Macaya, tuviera la amabilidad de invitarme a impartir la lección inaugural en conmemoración de los 25 años de la creación de la Escuela de Antropología y Sociología, cuya existencia enriquece y realza la vida científica e intelectual costarricense, así como la del ámbito cultural al que pertenecemos, más allá de las tierras del Istmo. Estoy asimismo muy obligado con el Prof. Sergio Reuben Soto, Director de la Escuela, por haber también contribuido a esta invitación y haberme sugerido que reflexionara ante la comunidad universitaria sobre el estado y misión de la antropología y la sociología hoy, en términos amplios, sin circunscribirme a sus condiciones en un país determinado. Intenté cumplir con la visión universalista encomendada, contemplando su situación y perspectivas hoy, desde el ángulo de la ética. Ello se me antojó muy acorde con lo que Costa Rica representa, como país ejemplar y admirable. En un mundo lleno de zozobra es menester rendir tributo a la sabia y sensata ciudadanía costarricense, de la que tanto tenemos todos que aprender. Mi agradecimiento se extiende a quienes participaron en el coloquio subsiguiente, y muy en especial a los profesores Óscar Fernández y Roberto Salom, que presentaron sendas respuestas, meditadas, sugerentes y en algún caso críticas, al argumento que sostuve en aquella ocasión. Espero que cuanto sigue refleje de algún modo la conversación académica y cívica a la que dio lugar su valiosa aportación..*

## 1. El logro de las ciencias humanas

La inteligencia sociológica y antropológica del universo humano ha consumado su triunfo. Sea cual fuere el juicio que emitamos sobre las ciencias humanas, sobre la calidad de sus logros tangibles, poca duda cabe acerca del alcance de su perspectiva en el mundo de hoy. La conciencia contemporánea no sería la misma sin la mera presencia de la sociología y la antropología entre nosotros. Contemplaríamos el mundo con un talante muy distinto. Ciertamente, su paisaje sería mucho más pobre.

Las ciencias del ser humano como ser social se han anclado con firmeza, y por muy buenas razones, en la civilización de las sociedades modernas, más allá de la perenne pregunta impaciente y utilitarista que pide que nos digan para qué sirven. De hecho, su prosperidad y buen cultivo en cada país son indicadores de

---

\* Escuela de Sociología. Universidad de Barcelona, España.

su modernidad y calidad democrática. Antropología y sociología son ya una parte esencial del espíritu de nuestro tiempo.

Antropología y sociología, dos artes separadas entre sí solamente por distingos sutiles, son, entre las ciencias sociales, las que tienen como misión ineludible estudiar al hombre en toda su complejidad. No les son permitidos aquellos privilegios analíticos de que gozan economistas, politólogos y demógrafos. Estos, por motivos de nitidez metodológica y eficacia de sus resultados, pueden y hasta deben abstraer facetas y dimensiones importantes de las sociedades humanas para concentrar su atención, con considerable provecho, sobre aquellos aspectos que son propios de sus respectivas disciplinas: la producción de bienes, o su consumo, o la distribución del poder, o las tendencias de la población. En cambio, por lo cabal de sus miras, antropología y sociología son, ante todo ciencias humanas, y no solo sociales. No pueden circunscribirse a una sola dimensión. Son, en el conjunto de la ciencia social, las que estudian, por imperativo constitucional, la condición humana. Indagan también la naturaleza humana, mas en esto comparten de lleno su preocupación con la filosofía y otras empresas, como son la biología, la psicología y la antropología física.

Lo que de veras estudian sociología y antropología junto a la historia y ramas suyas como la paleoantropología y la arqueología es la condición humana. Sobre esta hay posibilidades de decir algo desde la ciencia social, mientras que el conocimiento de la naturaleza humana quedará siempre como cuestión abierta e inagotable<sup>1</sup>, terreno común legítimo para las incursiones de la filosofía, la poesía y también para la pesquisa científica, incluida la social.

Solía ser costumbre referirse con una mezcla de desdén y condescendencia a los pronunciamientos de los primeros sociólogos del siglo XIX sobre las virtudes y promesas de su disciplina. Quienes se atribuyeron por vez primera título tan peregrino como el de sociólogo confirieron, con entusiasmo de neófitos, un rango desmesurado a la recién inventada ciencia. (El mismo error táctico, venturosamente, no ocurrió con la naciente antropología, vinculada desde su nacimiento a la etnología.). Como a la sazón todo era futuro para ella, sus fundadores no tenían por qué amedrentarse ante la atroz miseria de los resultados palpables de sus desvelos. El romanticismo de aquel momento histórico contribuía además a hacer plausible lo que era fantasía y piadosos deseos.

---

<sup>1</sup>

Debo esta distinción a mi maestra Hannah Arendt. Cf. H. Arendt (1958) y mi capítulo en A. Birulés, comp. (2000) pp.15-22.

No obstante esto, y visto con serenidad desde hoy, su notable logro intelectual no quedó dañado del todo por lo pretencioso de sus afirmaciones sobre lo que iba a deparar la ciencia social recién estrenada. A principios del siglo XXI, ha llegado ya el día de reconocer a los fundadores un adarme de razón. Así, por lo menos la pertinencia del punto de vista antropológico y sociológico en la cultura y conciencia modernas es ahora indiscutible, tanto si sus representantes lo reconocen como si lo sienten solo de modo latente. O hasta cuando algunos protestan contra ella: así, a menudo las descalificaciones sin matices contra la sociología rinden tributo a su importancia y, más de una vez, al peso de su aportación intelectual. Por ello sería interesante topar con alguna teoría medianamente creíble que demostrara lo contrario, a saber, que la sociología es ajena o periférica a la cultura de las sociedades plenamente modernas. O que todo su aporte es banal o prescindible. En contraste con ella, la antropología, a través de sus estrechos vínculos con la etnología y sus solo presuntamente menores pretensiones de dictaminar la marcha, problemas y remedios para nuestra sociedad, ha quedado a salvo de los dardos del enemigo, si es que lo tiene.

En efecto, sociología y antropología no solo sirven el mejor marco analítico de referencia para lo que, con abstracción, ha dado en llamarse modernidad –en la que incluyo la hipermodernidad o modernidad avanzada– sino que son, además, parte esencial de ella. ¿Es concebible la modernidad sin una sociología, es decir, sin una ciencia que aspire a interpretar el mundo humano social según los criterios básicos de un análisis racional, empírico y público? ¿Puede entenderse nuestra cultura, y hasta nuestra economía y nuestra política, sin lo que para ellas significa la inteligencia sociológica del mundo humano? ¿O lo que significa la imaginación sociológica?<sup>2</sup> ¿Puede comprenderse, añadido, sin las aportaciones cruciales de la antropología cultural? ¿Es posible poner buen remedio a nuestros males sin el uso público de la cultura antropológica y sociológica construida a lo largo de los últimos dos siglos?

El dato bruto del que parte mi respuesta a estas preguntas es el de que nuestro mundo se suele entender hoy, predominantemente, more sociologico, lo cual entraña también el modo antropológico de comprenderlo. (Ello no quiere decir que no coexistan con él otros enfoques, ni que el sociológico los desplace siempre

<sup>2</sup>

Inteligencia' se refiere a comprender pero también al modo racional de entender y explicar. He preferido esta expresión desde hace mucho tiempo. (Cf. la versión francesa de mi tratado de sociología, *Introduction à l'intelligence sociologique*, de 1970). Por su parte, 'imaginación', expresión brillantemente acuñada por C. Wright Mills (1959) resalta otra faceta, más estética pero no menos descolante, y complementaria, de la sociología.

a todos.) La reflexividad –secular, racional, laica– propia de la conciencia moderna, el pensarnos a nosotros mismos se realiza hoy sociológicamente. Se trata de un hecho comprobable. Sobre las complejas repercusiones –benéficas algunas, perniciosas las otras– de ese hecho bruto pretendo reflexionar aquí.

Antes, sin embargo, y a modo de introducción, querría referirme a algunas de las reacciones que ha suscitado el hecho consumado de esta peculiar victoria de las ciencias humanas en el seno del mundo contemporáneo.

Para empezar, ni su consolidación académica ni su relativa popularidad, ni la aceptación de su enfoque han sido recibidos con igual júbilo por todos. Unos cuantos ni siquiera han reconocido a la sociología una mínima dignidad. Se trata de una reducida pero notoria minoría de académicos (y algunos profesionales) que se complace en descalificarla de raíz y sin miramientos, a pesar de que sus conocimientos de lo que es de veras la sociología dejen bastante que desear. Huérfano su desdén de toda autoridad moral –pues para empezar no se saben muy bien la asignatura, ni suelen saber tampoco de qué va– para ellos, la sociología es un error, tal vez una pseudociencia descartable. Para algunos de ellos, más que un síntoma, sería un síndrome de nuestro tiempo. Sería más una derrota de nuestra cultura que un logro admirable.

Esta opinión negativa extrema y minoritaria, de la que sufre menos la antropología con su firme base etnológica, carece las más de las veces de fundamento. Demuestra además que no hay unanimidad sobre la naturaleza de su victoria, consolidación académica o popularidad, según cada cual prefiera describirla. Lo único que demuestra es que hay opiniones encontradas y a veces, hasta expresiones apasionadas de apoyo o rechazo. También en este sentido la de la sociología es, ante todo, una victoria incierta. Es una victoria esencialmente ambigua, compleja. Ha acarreado consigo efectos virtuosos y, a la vez, perversos. No hay, pues triunfalismo alguno en mi constatación de su éxito. Un éxito que paradójicamente incluye el vehemente rechazo de quienes se sienten amenazados o invadidos por la intrusa. Un éxito, pues, que debe definirse neutralmente, como constatación elemental de la intensa sociologización que han sufrido, con pocas excepciones, diversas interpretaciones significativas de nuestro mundo, tanto morales como científicas o especulativas. Esa sociologización alcanza incluso también, de un modo más intrincado, a algunas concepciones que son, en principio, irreconciliables de raíz con la sociología, como lo las visiones religiosas.

Sobre el alcance preciso del predominio de lo sociológico en nuestra cultura tendré en seguida oportunidad de extenderme. De momento, empero, permítaseme que continúe refiriéndome a otros aspectos más circunstanciales del evento. Por lo pronto, posee este una ambivalencia sustancial. Así, por muy circunscrita que haya sido la aportación de la sociología al saber, su incorporación a nuestros conocimientos y su instauración cultural y académica debe ser bienvenida en lo que atañe al acopio de información y hasta al incremento de nuestros conocimientos sobre la estructura social, el poder, la autoridad, la cultura, la economía y la vida cotidiana. Esto es sencillamente demostrable: imaginemos tan solo en qué quedarían nuestros conocimientos si retiráramos de ellos todo el acervo aportado por la sociología y antropología. (Sin excluir, naturalmente, aquellas partes fronterizas que comparten de lleno con las demás ciencias sociales, como la economía, la ciencia política, la psicología social, así como con la filosofía moral.) Imaginemos cómo serían, no ya los conocimientos sobre la sociedad, sino la cultura misma de nuestro tiempo, sin la obra de Montesquieu, Comte, Spencer, Simmel, Durkheim, Pareto, Weber y Malinowski, por mentar solo a algunos miembros de las primeras y segundas generaciones. O cómo hubiera sido la obra de tantos economistas clásicos, de Marx a Schumpeter, y de ellos a otros más recientes como nuestros contemporáneos Olson y Hirschman, si no la hubieran realizado inspirados por un enfoque neta y, con frecuencia, explícitamente sociológico. Lo mejor y más duradero de la economía política clásica, imbuida de inteligencia sociológica, sencillamente no existiría.

Al margen de todo esto, frente al poder explicativo y al aporte arduo pero palpable e incremental de conocimientos que realiza la sociología, se alzan aún barreras mentales no siempre fáciles de franquear. Algunas de estas barreras provienen, paradójica e insospechadamente, de la sociología misma o, para ser más precisos, de una inclinación, muy pronunciada en algunos sociólogos, que podría atribuirse a su deformación profesional. Trátase del reduccionismo sociológico, o sociologismo. Es este un supuesto según el cual todo en el mundo humano es social. Debe, por ende, explicarse more sociológico. Tomemos un ejemplo: dicese que la ciencia es la búsqueda de la verdad objetiva según los criterios teóricos y experimentales que reciben el nombre de 'método científico'. No obstante, la ciencia se desarrolla según circunstancias económicas, políticas y educativas específicas. Éstas se prestan a un claro análisis sociológico, aparte del hecho de que sus criterios de certidumbre dependan por completo de lo que se dé por válido entre los miembros de una determinada comunidad, la formada por

los hombres de ciencia. Todo parece indicar que es así, y que por lo tanto la sociología de la ciencia tiene mucho que decir sobre los procesos que animan su existencia, el rumbo que toma la investigación, los descubrimientos que realiza, e incluso los que no realiza. Por causa de ello algunos concluyen que la ciencia 'no es nada más que' un proceso social, y aseveran que la 'verdad' misma es un mero subproducto de factores sociales o una convención momentáneamente compartida por un colectivo llamado 'comunidad científica'. Son dos pasos que suelen darse con alegre despreocupación<sup>3</sup>. Es así como los mismos sociólogos que se horrorizan ante las pretensiones megalomaniacas de algún fundador histórico de su disciplina caen ahora, tranquilamente, en la tentación de un imperialismo sociológico no menos absurdo: el del reduccionismo epistemológico de todas las actividades humanas a sus fuentes y condiciones sociales. Los abusos del sociologismo desplazan los vislumbres de otros modos igualmente legítimos y no menos ricos de explicar la realidad, amén de provocar una comprensible irritación y hostilidad contra la sociología por parte de quienes no comparten sus prejuicios. Así pagan justos por pecadores.

La evitación del sociologismo, sin embargo, no presenta mayores dificultades. Además, tiene ventajas, pues las pretensiones cognitivas de la sociología y de la antropología se hacen más comprensibles si se establecen primero las fronteras y criterios de demarcación de aquello que se presta a explicación según sus criterios frente a lo que no puede serlo. Una disciplina que expresa con humildad lo circunscrito de sus pretensiones está en condiciones ventajosas para ganarse el respeto de quienes se topan con ella desde fuera o hasta desde dentro. Es así aconsejable que estas disciplinas declaren, no ya solo su incapacidad de fagocitar o subsumir facetas de la realidad humana que no les atañen, sino también su deseo explícito de no intentar sociologizarlas.

Para seguir con el ejemplo de la sociología del conocimiento científico, nada cuesta conceder que sin ciertas condiciones culturales, políticas y económicas previas es imposible motivar a ciertas personas a que produzcan dicho conocimiento, ni conseguir que lo acumulen y transmitan a sus respectivas

---

<sup>3</sup>

Para algunos de los estudiosos que se han esforzado por producir un tratamiento estrictamente sociológico de la ciencia (así Bloor y otros representantes del llamado Programa Fuerte en el terreno de la sociología del conocimiento científico), la verdad o falsedad de una noción dependería de creencias gremiales, y se ignoraría la verdad o falsedad intrínsecas del conocimiento en sí. Imagino que la virulencia de la controversia surgida entre quienes así piensan y los filósofos racionalistas proviene de que la salvedad así señalada (sobre la 'verdad' intrínseca) no es suficiente, y que el llamado Programa Fuerte es visto por éstos como una relativización social extrema del concepto de verdad. Dos introducciones al debate sobre el Programa Fuerte son S. Woolgar (1988), pp. 39-52 y E. Lamo et al. (1994), pp. 515-538.

sociedades. No obstante, en puridad, la validez última de sus hallazgos con respecto a su verdad o falsedad no puede depender de forma absoluta de la opinión del gremio al que pertenecen los científicos, ni de los recursos que se pongan a su disposición. Defender que la ciencia, al ser una actividad social, socializa también por completo el producto de sus desvelos (las regularidades y relaciones que descubre en el mundo que estudia) es tarea rayana en lo absurdo. La verdad no es solamente un subproducto social. La opinión de que la verdad no más que una faceta de una actividad social a la que llamamos ciencia, desafía la razón y el sentido común. Sin embargo, no hay dificultades lógicas mayores en afirmar que ciertas actividades (las científicas) producen unos enunciados (las leyes, regularidades y hallazgos) que, con todo y con haber sido socialmente producidos poseen, una vez formulados, una relación con algo, la verdad, que es autónoma de su sociogénesis.

La noción de verdad es metasociológica por definición. Negarlo crea más problemas que soluciones, hasta para los mismos científicos sociales o filósofos que hayan preferido abrazar el relativismo cultural más acendrado, el multiculturalismo más desbocado. Por otro lado, es cierto que los esfuerzos humanos por alcanzarla (de variada índole, artísticos, filosóficos, pero en nuestro ejemplo, científicos) se acercan más o menos a ella, sin desvelarla nunca del todo. En una palabra: el proceso de creación de ciencia es ciertamente social; sus resultados son socialmente obtenidos; el consenso que se consigue en torno a lo que posee validez científica es también social, pero todo ello no es óbice para que la relación de estos fenómenos con una verdad oculta, desvelada a penas o a medias por la razón humana, no sea, a pesar de todo, independiente de la sociedad. Este argumento es impecable: negarlo equivale a aseverar que tiene el mismo valor racional e igual contenido de verdad afirmar que el rayo es una descarga eléctrica que aseverar que es una manifestación del poderío e ira de Zeus. En ambos casos la creencia es sustentada por consensos de opinión o creencia, pero en el segundo no existe más base de legitimación que una concepción mítica, mientras que en el otro la legitimación depende no sólo de una tradición cultural que es también piadosa (el culto y deferencia a la ciencia) sino de procedimientos racionales y analíticos de validación y refutación empírica, sujetos a una lógica distinta a la de la fe sobrenatural.

Todo ello es así al margen de que no sea nada trivial, sino antropológica y sociológicamente significativo, constatar que, para ciertas comunidades, los meteoros son expresiones de las inescrutables intenciones de los dioses. O bien,

que para muchos contemporáneos nuestros las posiciones zodiacales de los astros tengan las repercusiones que magos mediáticos anuncian para su porvenir, según los criterios de lo que un inefable oxímoron define como 'ciencia oculta'. Que algunos juzguemos que la astronomía es más fiable que la astrología no justifica caer en el error opuesto, el de descalificar sin más las creencias de las gentes porque no obedecen a las que la ciencia determina como ciertas en un momento determinado. Ello nos conduciría a otra falacia, propia de la ideología cientifista, que no científica. Los cientifistas (no los científicos) suelen ignorar el conocido y crucial postulado sociológico de que, al margen de la verdad o falsedad intrínsecas de una creencia, esta tiene consecuencias reales para quienes la poseen. Así, incontables seres humanos han perdido sus vidas y haciendas por ser definidos como 'herejes', 'brujos', 'disidentes ideológicos', 'heterodoxos', miembros de una 'raza inferior' y otras suertes de demonización. Las gentes sufren en nombre de ortodoxias y presuntas verdades que luego se desvanecen sin dejar más rastro que el imperecedero horror de su recuerdo.

La legitimación imperfecta, en todo caso, afecta todavía a la sociología en los albores del siglo XXI. A pesar de ello se ha producido, por repetirlo una vez más, un innegable triunfo suyo en nuestro mundo. Lo que las ciencias humanas no han conseguido del todo en la república de las ciencias lo han logrado, a veces subrepticamente, en el de la cultura de la modernidad.

La desconfianza residual que aún se detecta ante ellas, claro está, es también dañina para las disciplinas de quienes así piensan. Así, hay científicos sociales que fallan tristemente cuando intentan explicar, ignorándolos, fenómenos para los que existe ya un conjunto de hipótesis sociológicas apoyadas por comprobaciones notables o terrenos en los que abunda una sólida indagación empírica. Me viene a la mente un estudio sobre el poder realizado por un muy notable economista que, al ignorar lo aportado en esta esfera central de preocupación sociológica (y politológica) logró resultados de notoria irrelevancia. La geografía social o humana, tal vez por su afán de constituirse en disciplina independiente, ha solido soslayar las incursiones directas que debería haber hecho en el campo de lo estudiado por los sociólogos en el terreno de la ecología humana y en el de la apropiación y uso del espacio por grupos e individuos, lo cual no puede haberles ayudado en la mejora de la calidad de sus indagaciones. La pobreza de la frecuente práctica de la *histoire événementielle* así como el desaliño conceptual del que sufren no pocos historiadores podrían subsanarse si estos se tomaran la molestia de incorporar hipótesis, modelos y hallazgos realizados por

los sociólogos. Por su parte, el notorio analfabetismo sociológico de ciertos filósofos morales solo encuentra parangón en el analfabetismo filosófico de otros tantos sociólogos<sup>4</sup>, cuando es evidente –salvo para el feliz positivista que sostenga que la sociedad humana puede ser estudiada como uno estudia a las hormigas o a las aves– que ni unos ni otros pueden permitirse el lujo de ignorarse mutuamente<sup>5</sup>. Y así sucesivamente. Lo cierto es que los significativos esfuerzos que se llevan a cabo para huir de insularidades y gremialismos no son aún suficientes para romper del todo las barreras de las desconfianzas mutuas entre las diversas ciencias sociales.

Sucede así que las llamadas a la interdisciplinariedad o a la transversalidad de las indagaciones en ciencia social son a menudo retóricas. Desde luego no va a poner remedio a esta situación la negación de validez a toda distinción entre disciplinas, cosa muy diversa de lo interdisciplinar. La obliteración de distinciones entre disciplinas ha sido propuesta por un cierto pensamiento confuso y confusionario, que ha recibido el insensato nombre de posmoderno. Este ha dedicado sus esfuerzos con ahínco a la abolición de la estructura disciplinar del conocimiento racional y el mantenimiento metodológico de las diferencias entre enfoques bien fundados. Su eliminación estaría animada por una 'desdiferenciación' como estrategia imprecisa para ver el mundo de un modo presuntamente más rico: mas ese enfoque, por llamarlo de alguna manera, conduce directamente al relativismo gratuito y al desorden mental. Con raras excepciones las disciplinas tienen su razón de ser. Hasta quienes pensamos que sociología y antropología se funden y solapan en muchos casos comprendemos que se mantengan académicamente distintas, y no solo a causa de los a veces imaginarios intereses encontrados de sus cultivadores. La evidente esterilidad de los resultados logrados por las campañas 'desdiferenciadoras' entre disciplina y 'destructoras' en cuanto a lo indagado debería ser aleccionadora. (De hecho, la peregrina noción posdmoderna de 'destrucción' –sin que nadie nos diga cuál es el criterio claro y racional para ponerla en práctica– es una de la favoritas de los neooscurantistas.) Con la pretensión de 'trascender' disciplinas y diferencias disciplinares, pero sin programa coherente alguno para hacerlo, los autores posmodernos, cuyo atractivo mengua pero no cesa, han introducido una oleada de ofuscación (y frivolidad) en el campo de las ciencias y saberes humanistas así

---

<sup>4</sup> S. Giner, 1989.

<sup>5</sup> R. Collins, 1988.

como en las ciencias sociales<sup>6</sup>. Una cosa es un enfoque interdisciplinar –cuando hay buenas razones metodológicas para cultivarlo– y otra el socavamiento de distinciones disciplinares de probada eficiencia.

El prejuicio antisociológico gratuito es el aliado inconsciente de estas tendencias tan poco edificantes. Los daños que perpetra este prejuicio son difíciles de exagerar por ser precisamente el modo sociológico genuino el más fértil, entre los contemporáneos, para concebir la realidad humana. El enfoque sociológico es hoy el más capaz de entender como un todo, y sin fragmentaciones, al hombre moderno y su condición. Contra una opinión bastante general, la sociología no fragmenta, sino que contempla a los seres humanos, una vez rendidos los tributos que el espíritu analítico y racional exige, como entes inescindibles y como partícipes activos en la creación de su propio mundo. Las ciencias sociales poseen una tarea simultáneamente moral y científica, que es exactamente lo contrario de la que imaginan quienes les acusan de fragmentar, diluir y relativizar. Ciertamente es que la cultura epistemológica moderna suele escindir, fragmentar, atomizar<sup>7</sup>. Pero está aún por demostrar que el estudio sociológico genuino de la humanidad contribuya a intensificar esos procesos. Al contrario, a lo que la inteligencia antro-po-sociológica contribuye es a la restauración de una visión, quizás trágica, pero ciertamente unitaria del hombre y su condición. Nada en esa inteligencia conspira para diluirnos como seres dotados de identidad, subjetividad y hasta de algo al que pueda llamarse espíritu. Más bien, al contrario.

Sea cual fuere la opinión que merezca esta última aseveración, las ciencias humanas, sin abdicar de su perfil como disciplinas identificables, han sabido asumir casi siempre y de buen grado su dependencia y hasta su parasitismo de los aportes realizados por otras artes o modos de indagación<sup>8</sup>. (Y ello a despecho de que algunos –entre sus clásicos, el mismo Durkheim– hayan intentado aislar unas reglas específicas del método sociológico así como dotarlas de un objeto radicalmente diferente de los de cualquier otra disciplina.) La interdisciplinariedad no puede constituir un escollo para un enfoque como el suyo, que rara vez rehuye los atractivos de la hibridez, aunque tampoco abduquen de poseer un propio y

---

<sup>6</sup> N. Mouzelis, (1995), esp. cap. 3, pp. 41-68. Para una crítica de la ideología posmoderna, S. Giner (1999).

<sup>7</sup> Tal vez por eso la ciencia cognitiva intente a menudo reequilibrar la tendencia y recomponer la imagen. La aportación de la sociología al cognitivismo contemporáneo es potencialmente considerable al subrayar la importancia social de los 'hechos de significación' en la conciencia humana. Cf. P. Pharo (1997).

<sup>8</sup> W.G. Runciman (1970)

distintivo perfil. Sociólogos y antropólogos saben que el postulado de la interdependencia de todo fenómeno social les obliga a saquear sin miramientos lo que puedan decirle economistas, demógrafos, historiadores, geógrafos, filósofos, etnólogos, lingüistas y sociobiólogos. Si algo les está vedado es aislar un sector único de observación y encastillarse en él. Si esta hibridez es una servidumbre, bienvenida sea.

Las ciencias humanas no han conseguido establecer grandes leyes sociales, ni precisas regularidades históricas, ni ecuaciones que expliquen satisfactoria y plenamente procesos sociales complejos, ni predecir con exactitud lo que vaya a suceder. En ello no van muy en zaga (y a veces van sencillamente a la par) de las demás ciencias sociales. No hay más que considerar las predicciones de demógrafos, politólogos y economistas para constatarlo. No obstante, abundan los casos en que han logrado explicar procesos sociales de un modo mucho más satisfactorio que el conseguido hasta ahora con las herramientas de otros campos. Lo cierto es que han avanzado un buen trecho en la explicación rigurosa y científica de cómo ocurren ciertos eventos y cómo nos comportamos. Aunque no siempre sepan decirnos por qué ocurren. En esto participan plenamente de la condición que también aflige a economistas, historiadores y politólogos por igual. Unos más, otros menos, intentan todos comprobar hipótesis, pero ciertamente muy rara es la vez en que consigan enunciar leyes causa-les<sup>9</sup>. disciplinas, modelos econométricos y teorías gaseosas de la historia aparte, pues sus tenues vínculos con la realidad les eximen de la vulgar servidumbre de tener que habérselas con los hechos.

La explicación rigurosa y empíricamente bien fundamentada de cómo se ha producido un acontecimiento social justifica por sí sola las ciencias humanas. Saber precisamente qué acaeció –aunque no alcancemos a saber del todo por qué ha sido ideal de historiadores, arqueólogos, etnólogos y tantos otros. Enriquecerlo, además, con un modelo interpretativo plausible, reforzado por categorías conceptuales claras, ha sido una aportación bien característica, aunque no privativa, de la sociología. Su mejor tradición ha exigido conceptos rigurosos de nociones como 'capitalismo', 'xenofobia', 'feudalismo', 'burocracia', 'clase',

---

<sup>9</sup> Cf. S. Rappaport (1995), quien se basa en la distinción de Dray entre 'explicación por concepto' y 'explicación causal'. W. Dray, (1992). Los sociólogos han inventado modelos de 'burocracia', 'feudalismo', 'revolución', 'día', 'tríada', etcétera, que explican por subsunción de hechos bajo cada uno de ellos, pero que no predicen con rigor lo que haya de ocurrir. En algunos casos, como en el de la secuencia revolucionaria han conseguido acercarse no poco a la explicación causal, pero el camino por recorrer es aún muy largo. No es distinta la situación de las demás ciencias sociales.

'revolución', 'movilidad social' y así sucesivamente. El hecho de que no pocos de ellos hayan sido acuñados como neologismos por las ciencias sociales y hayan entrado en el lenguaje corriente es bastante revelador de la penetración de su imaginación en el mundo contemporáneo. No todos saben que 'cultura' (en su sentido moderno), feudalismo, xenofobia, sinergia, y tantas otras expresiones, son fruto del esfuerzo de los científicos sociales por acuñar conceptos claros y distintos, por evitar el desaliño conceptual que genera pensamiento confuso.

El futuro científico de las ciencias propiamente humanas, la antropología y la sociología, merced a todo ello y a la calidad de su aportación a un conocimiento cada vez más fiable de la sociedad, está asegurado. Los progresos de la sociobiología, de la ciencia cognitiva, del neoevolucionismo, así como los de las demás ciencias sociales más cuantitativas, harían mella en el terreno que algunos de sus cultivadores querrían acotar, si no nos percatáramos de que la apertura y el diálogo con ellas es la mejor manera de seguir progresando.

Las ciencias humanas han cumplido con su promesa elemental: la de avanzar en el conocimiento de su objeto. No es este el lugar para hacer un inventario de sus logros. Baste recordar que han desentrañado un buen número de procesos sociales específicos, para describirlos y analizarlos a menudo con convincente tino y objetividad, dentro de márgenes de error cada vez menos escandalosos. Cualquier persona curiosamente honesta comprobará sin dificultad que las ciencias humanas, sencillamente, han progresado a través del tiempo. Su historia no consiste en una mera sucesión de escuelas, especulaciones y opiniones: son ante todo disciplinas que acumulan conocimiento objetivo. Así, sabemos hoy mucho más que ayer acerca de los entresijos de la desigualdad social y los incesantes conflictos a que da lugar; de la dinámica y fases de las revoluciones políticas, o de las científicas; del influjo de las creencias y actitudes religiosas sobre la economía; de las causas económicas o políticas de la delincuencia; de los efectos educativos y culturales de la televisión; de los procesos migratorios internacionales; de las desigualdades transnacionales; de la evolución de la familia y el parentesco; de los efectos de la educación sobre la demografía y la desigualdad de género; y así en una muy larga sucesión. Además, ayer sabíamos más que anteayer sobre estas y otras muchas cosas. Hay pues, claramente, un avance. Un avance no solo de lo que podríamos llamar la conciencia sociológica del mundo, de la reflexividad, sino también un progreso real de conocimientos empíricos<sup>10</sup>. Es un progreso desigual, arduo, en el que con

---

<sup>10</sup> S. Giner (1974). No sólo avanza el mero conocimiento sociológico, sino la conciencia y reflexividad sociológicos.

frecuencia hay que volver a empezar y en el que cabe amplio espacio para la disputa, la fértil refutación, la innovación y el desacuerdo. Pero es, a la postre, un progreso empíricamente constatable que se halla más allá de toda duda. Para justificar las ciencias humanas, basta.

Ese es el aspecto unívoco de la victoria sociológica o, dicho con la debida modestia, su simple éxito o demostración de competencia como disciplina. El progreso en el conocimiento objetivo es la prueba del fuego de toda tarea que se llame científica o que, como la sociología y la antropología, aspire a serlo sin pretender alcanzar las certidumbres que otros saberes suministran. Sobre la sociedad y sobre la naturaleza de nuestra condición por pertenecer a ella sabemos aún muy poco, pero ese poco es mayor hoy que antaño. Tal progreso lo debemos, en gran manera, a las ciencias humanas. Merced a ese hecho bruto se justifica con plenitud el siempre anfíbio oficio de quienes las cultivan.

## **2. La hegemonía del modo sociológico**

Frente al progreso (modesto, desigual, pero innegable) de la sociología como tarea dedicada al estudio a la vez teórico, empírico y de aspiración científica de la realidad social, existe otra corriente que tal vez tenga, a la postre, mayores repercusiones. Trátase de algo que, de un modo inesperadamente irónico, da hoy alguna razón a quienes asignaban a la sociología, cuando la inventaron, una función hegemónica sobre la naciente civilización del futuro. Me refiero al progresivo predominio del punto de vista sociológico sobre la mente moderna. (El hecho que la antropología, hasta tiempos relativamente recientes, haya rehuido el estudio de las sociedades modernas, la ha salvado de ese sino. Mas su inmunidad no durará a medida que vaya penetrando, como hace ahora, el ámbito de las sociedades urbanas modernas o la interfaz entre las modernas y los pueblos tradicionales afectados por la modernización y la mundialización.)

Para sus fundadores, la instauración de la sociología entrañaba la culminación de la modernidad, el dominio del hombre sobre su propio mundo a través de un conocimiento científico de su propia sociedad. Ni qué decir tiene que las cosas no han seguido precisamente esa senda. Sí es cierto, en cambio, que tanto la reflexión rigurosa sobre nuestra sociedad como su análisis y estudio empírico se han ido convirtiendo en menesteres intelectuales o labores rutinarias imprescindibles en el mundo de hoy.

---

En efecto, no es descabellado afirmar que, poco a poco, durante los dos últimos dos siglos y medio –¿a partir de Montesquieu?– se ha ido extendiendo cada vez más una inteligencia sociológica del universo humano. Es esta la que ha venido predominar en la cultura de nuestros días.

Al insinuar tal cosa no afirmo que lo que podría llamarse modo sociológico de inteligir haya desplazado a otros modos. Digo solamente que este ha impregnado, imbuido y, como mínimo, teñido de su propia perspectiva, lenguaje y discurso, la mayor parte de las facetas de la cultura contemporánea. En varios casos señalados estas han sido afectadas de manera tan radical por la mera existencia de la inteligencia y percepción sociológicas que las repercusiones se han hecho difícilmente reversibles. Por lo pronto, la invasión sociológica se ha hecho obvia en los campos de conocimientos afines a su práctica. Es innegable que una parte muy considerable de la filosofía (la ética, la epistemología, la filosofía política, la del lenguaje, la estética) se halla influida por el modo sociológico<sup>11</sup>. La economía, la etnología, la lingüística, la historia, no son ya lo que eran por causa (o por culpa) de la intrusa.

Tal vez sea menos obvio que prensa, televisión, empresas, finanzas, gobiernos, asociaciones cívicas, ejércitos e iglesias hayan sido influidos (o contaminados) por el enfoque sociológico en la percepción de su entorno y en la elaboración de sus estrategias e intenciones. Pero no es menos cierto. En el mejor de los casos, la imaginación y, en el peor, los lugares comunes y banalidades antropológicas y sociológicas penetran hoy las más diversas esferas de la realidad. La sociología, en el sentido más lato y hasta impropio de la palabra, está presente en las interpretaciones periodísticas de muchas noticias, en la explicación mediática de por qué acaecen las cosas que merecen incluirse en la crónica de lo sucedido según los criterios de quienes las recogen, manipulan y luego transmiten. Del mismo modo que la economía ha invadido el discurso público para explicar sus altibajos, las migraciones, el fanatismo religioso, los enfrentamientos bélicos, el imperialismo, la pobreza, los combates por recursos escasos, el acervo de la sociología y la antropología cultural se usa con los mismos propósitos. Naturalmente, ello entraña muy a menudo una intensa banalización del material original así como una visión trivial y superficial de las

---

<sup>11</sup>

Y viceversa, de modo obvio y aceptado por la teoría sociológica explícitamente. No obstante, para las intrincadas relaciones filosóficosociológicas cf. M. Bunge (2000). Para su ataque a la rational choice theory pp. 147-167, aunque esta posición no es precisamente la de la sociología tradicional o clásica, defendida en mi argumentación.

cosas. Es dudoso que pueda evitarse, aunque no debamos cejar en el empeño de frenar tal degradación. De la sociología echan mano directa o indirectamente las políticas sociales de los gobiernos, los planes de enseñanza pública, los de sanidad y medicina, ciertos movimientos sociales, innúmeras ideologías – feministas, pacifistas, ecologistas, libertarias, reaccionarias– y muchas otras actividades sociales. Hay pues una obvia incorporación de lo sociológico, o lo que pasa por serlo a las tareas y actividades más característicos de nuestro tiempo.

Todo ello pone de manifiesto una fuerte corriente hacia la sociologización de nuestra cultura. Ésta afecta a nuestros hábitos públicos y privados, sean del signo político que sea. Ya no es posible sostener lo llegaron a achacarse a la sociología, sin razón, algunos de sus adversarios: ser expresión de la ideología reaccionaria y servir a los intereses sórdidos del poder o de las clases dominantes. Hemos pasado de la ideologización de la sociología a la sociologización de la ideología.

Nadie ha criticado con mayor dureza que los mismos sociólogos el peligro ideológico al que se halla expuesta su propia disciplina<sup>12</sup>. Pero escasean quienes hayan indicado los efectos perversos a los que podría conducir una excesiva sociologización de nuestra concepción de la vida. La alarma ha cundido en una sola dirección: la del peligro de que la sociología sucumba a las servidumbres de sus presuntos amos o manipuladores. No fueron pocos los sociólogos críticos que llevaron esa alarma a extremos de crispación que hoy se nos antojan excesivos. (Sobre todo si tenemos en cuenta que el biés ideológico de los sociólogos no ha sido nunca mayor que el que haya podido poseer, ayer u hoy, el de los economistas, historiadores y filósofos. Hasta cabría demostrar –tarea cuidadosa aún pendiente– que los sociólogos, por lo general, son algo menos inmunes que otros científicos sociales a las tentaciones nocivas de la ideología.) También han criticado algunos sociólogos a sus propios colegas por otras prácticas negativas, como la de crear opacidad a través de explicaciones oscuras o pseudo-explicaciones de la realidad social en vez de hacer más inteligible el mundo<sup>13</sup>. Con ello han cumplido un deber profesional que mejora su propio oficio.

---

<sup>12</sup> Abundan los ejemplos de autocrítica, sobre todo en los años 70, en que se produjo una verdadera corriente de autoflagelación sociológica: R. Blackburn (1972), N. Birnbaum (1971) T. Bottomore (1976). He dado cuenta de este episodio en S. Giner (2002).

<sup>13</sup> J. M. Maravall (1972)

Hay que aceptar con resignación y sin aspavientos que las ciencias humanas, como cualquier otra actividad de escrutinio e interpretación de asuntos que conlleve juicios morales, son vulnerables al daño y hasta el estrago ideológico. Por eso es un error recomendar una 'sociología crítica', como si fuera posible otra. Toda sociología que merezca tal nombre debe incorporar su propia crítica así como llevar a cabo una crítica del universo social que contempla. Es comprensible que, durante un tiempo, y como consecuencia de la excesiva asepsia proclamada por varias ciencias sociales como ideal de indagación, surgieran una 'economía crítica', una 'sociología crítica' y una 'antropología crítica', entre otras<sup>14</sup>. Pero también es cierto que la expresión es redundante.

Lo decisivo en estas materias no es el biés o la tergiversación a que pueda prestarse nuestra tarea. (Sus cultivadores pueden mentir con estadísticas, datos y malas artes con igual soltura que cualquier economista o politólogo). Lo que cuenta aquí es exactamente lo contrario, a saber, la probada inclinación de las ciencias humanas por liberarse de las servidumbres de la ideología o de la subordinación a otros intereses que no sean los de desvelar verdades. La capacidad de autoanálisis de la sociología es su garantía de competencia como disciplina. En todo caso, la crítica inmisericorde que han ejercido los sociólogos contra cualquier veleidad ideológica a la que puedan sucumbir ellos mismos o sus colegas les hace honor<sup>15</sup> y salva el de su disciplina. Todo ello contrasta con la mesura, exquisitez y prudencia con que otros científicos sociales tratan la reputación de sus propias disciplinas.

Sería extravagante atribuir la apasionada inclinación autocrítica de los sociólogos a un hipotético masoquismo gremial. Es más sensato suponer que la misma hegemonía cultural –compartida con la visión mediática– que ocupa hoy el modo sociológico conlleva exigencias y expectativas que generan tensiones. Éstas, a su vez, favorecen actitudes de hostilidad y frustración hasta entre los mismos que lo ejercitan por oficio.

Las dificultades metodológicas de estudiar hombre y sociedad como todos inescindibles y como redes de interrelaciones –y no solo como haces independientes de fenómenos demográficos, económicos, políticos, psicológicos– no ayudan a paliar los aspectos inquietantes de esta situación. Ni tampoco ayuda la misma posición ambigua del sociólogo en su mundo, tan favorable a que en su

---

<sup>14</sup> Una excelente revista antropológica de la época llevaba por título Critique of Anthropology.

<sup>15</sup> Además de los textos citados, cf. A. W. Gouldner (1971) y T. Bottomore (1975).

ánimo anide una conciencia desdichada: su empeño es estudiar lo más complejo con herramientas deficientes, además de tener que habérselas con seres difíciles y rebeldes a la observación, seres que se sienten libres y responsables. Por si ello fuera poco, la mundanidad de la sociología no la hace inmune, sino al contrario, a la contaminación ideológica ni a las presiones de intereses particulares. Pero también es cierto que la razón sociológica –como demuestra la constante autocrítica– ayuda bastante a que las ciencias sociales se sobrepongan a estos riesgos y gajes del oficio.

Pero volvamos al hecho de que en su expansión contemporánea las ciencias humanas suelen sociologizar cuanto encuentran a su paso. No solo las humanidades, las ciencias, las artes, la política y los medios de comunicación (en diverso grado y manera) sino también las ideologías mismas, de las cuales acabamos de ver que pueden ser víctimas, se tornan cada vez más 'sociológicas'<sup>16</sup>. Estamos pues ante un caso claro de alguacil alguacilado. Así, el sermón religioso, político, económico, ecologista, moralista, periodístico, se halla hoy impregnado de razones de pretensión sociológica o antropológica. No hay que esperar a que se desencadene una campaña electoral para recibir una lluvia de datos, resultados de encuestas, apelaciones a la 'realidad social' o las 'necesidades de la sociedad', advertencias sobre tendencias sociales perniciosas, toda ella imbuida de sociologismo. Tanto el discurso público como el privado se hallan henchidos de él. Claro está que no han desaparecido ni la patria, ni la invocación metafísica, ni el orgullo nacional, ni las llamadas a misiones históricas o principios sacros en el lenguaje de los ideólogos, los políticos y los clérigos de la plaza pública o de la mediática. Sin embargo, ese lenguaje se ha complicado (y secularizado) con el uso del idioma mundano y cientifista de una sociología popular. Los 'datos' y argumentos que ella suministra aparecen como último tribunal de apelación. Como aparecen también los de la ciencia natural popularizada. La legitimación del comportamiento y de las cosas mediante lo que pasa por ser científico se produce a todos los niveles: es parte esencial de la modernidad.

Acuden hoy a la legitimación pretendidamente sociológica de sus intereses más mezquinos incluso quienes con alharaca niegan a la sociología el poco pan y menos sal científicos que ella misma afirma poseer. (Sus pretensiones científicas

---

<sup>16</sup> Compárese mi enfoque con la categórica afirmación de A. Touraine (1984, p. 21) al respecto: La sociologie s'est constituée comme idéologie de la modernité. Ami juicio, ello es correcto solo por lo que respecta a cierta sociología o, más precisamente, al uso ideológico que puede hacerse de cualquier sociología.

son hoy mucho más modestas de lo que imaginan quienes solo la conocen de oídas o de malas y apresuradas leídas). La frecuente invocación a las encuestas, a las estadísticas, a los dictámenes e informes de sociológica pretensión se ha convertido en la munición cotidiana de los más diversos poderes y dominaciones. Así, una iglesia hostil al gobierno encarga un estudio sobre la pobreza en un país, con el que consigue anunciar cifras elevadísimas de miseria en él; un ministerio gubernamental responde entonces encargando otro, y las cifras resultan más bajas. Unos miden y juzgan el paro obrero de un modo, otros de otro, y nunca hay acuerdo sobre el tamaño del empleo encubierto. Unos llaman 'crisis' a lo que otros definen como 'recesión'. Unos demuestran la necesidad de la inmigración laboral foránea, otros su riesgo. Y así sucesivamente. Hay munición socioantropológica para todos los gustos e intereses. Escasean las cuestiones que no se presten a traer a colación argumentos presuntamente sociológicos para reforzar las posiciones respectivas de las partes. Las condenas del aborto o de la eutanasia por apelación al mandato divino pueden encontrarse entre los pocos ejemplos de argumentación que en algunos países todavía permanecen inmunes a las consideraciones mundanas de la sociología o la psicología, así como a las de la ética laica.

Entrar en la plaza pública y formar parte de sus debates entraña, pues, riesgos. El mayor es el del sociologismo difuso o el de la *banalización sociológica del mundo*. Mas por fortuna son riesgos que no invalidan, ni mucho menos, la tarea socio-lógica en sí. Por el contrario. Sólo hacen más urgente para ella la serenidad, imparcialidad y parsimonia con las que tiene que avanzar. Y más imperativa su obligación de matizar, siempre matizar, sus juicios sobre la realidad vastamente compleja con la que tiene que habérselas.

No hay lugar pues para achacar genéricamente a la sociología o a los sociólogos el *sociologismo difuso*, a veces tácito o larvado y otras, trivial, que abruma la cultura de nuestra época. Ese sociologismo –y no la sociología misma– es lo preocupante. En contraste con él y con los estragos que causa, la *razón sociológica*, es decir, la interpretación del hombre en términos de análisis racional a la vez que ético de su condición social, es uno de los aportes más sólidos realizados por la cultura de nuestro tiempo. Una cultura que, insisto, no sería ni sombra de lo que es sin la presencia en ella de la antropología y la sociología. Nos encontramos aquí, pues, ante dos cosas muy diversas, opuestas entre sí, de las cuales una es tergiversación mundana y trivial de la otra. La sociología banal y venal es precisamente lo contrario de la genuina. Esta constituye una tarea seria

y, como tal, irónica. Una tarea necesaria para la comprensión de los seres humanos en los tiempos modernos.

Ni la sociología es una sola ni los sociólogos y sus colegas antropólogos pertenecen a una misma escuela ni a un mismo modo de hacer. Solamente las servidumbres de la claridad me han obligado a hablar de ambos, hasta aquí, como si fueran comunidades unitarias. He dado por supuesto que la variedad interna de ambas disciplinas y la de sus cultivadores era obvia, pero no he olvidado que existe. El pluralismo interno de toda disciplina creadora y activa es inevitable y fértil. En nuestro caso, no invalida lo dicho hasta aquí, por ventura.

### **3. Las ciencias humanas en pos del interés común**

Miseria de las ciencias humanas: su victoria en el mundo moderno, su triunfo como parte esencial del sustrato genérico del idioma de la modernidad ha entrañado también su frecuente banalización, incluso su vampirización ideológica y política. Como he insinuado, ellas mismas han sido una de las causas, no siempre involuntarias, de lo sucedido. En efecto, la sociología ha sido una auténtica adelantada en la conspiración universal moderna por derrumbar y disolver la ontología, por reducir cosas a fenómenos, fenómenos a datos, y datos a sombras de sí mismos. Nada más natural, pues, que haya sido usada como un arma más en el proceso, que nadie ha sabido describir tan bien como la propia sociología, de desencantar el mundo, de ponerlo en manos de la razón instrumental y la ideología del cientifismo.

Si ciencia y racionalismo han desencantado el mundo, a la sociología y a la antropología ha correspondido desempeñar tareas protagonistas en el acontecimiento. No obstante, tal vez le quede alguna faena, y no menor, en la recuperación del equilibrio perdido, en la reinstauración de algún modo más congruente con el espíritu humano de concebir la vida y el mundo. No les cabe la tarea de reencantarlo, ciertamente, en términos premodernos, pero sí la de devolver al hombre su importancia como ser libre y responsable en un universo dominado por el determinismo.

La sociología más conocida por el público es la positivista, que niega por definición la idea que acabo de expresar. Es también la más presentable ante el sector más convencional de la comunidad académica dedicada a la ciencia natural y ante algunos otros sectores de la misma. Es la preferida por la administración pública, los políticos, los agentes capitalistas del mercado, las consultorías

privadas, la industria y los medios técnicos de comunicación. De ella obtienen información directa, sencilla y útil.

Tal sociología es la primera en entender su objeto, 'la realidad social', como un mero haz de factores e interrelaciones entre factores, las más de las veces agregables. Confunde datos con hechos. Su concepción de todas las cosas es *factorialista* y relativista. La ideología que en ella subyace es la del factorialismo. Su credo es el de que lo único que hay son datos sobre factores materiales y relaciones entre factores. Hasta la conciencia humana, si se tiene en cuenta, es un factor más, algo que se confunde con las actitudes palpables a través de las que se expresa: preferencias y rechazos concretos, computables y observables. Lo único significativo es el comportamiento detectable y cuantificable, así como el gestionable. (La ideología empresarial, o gerencial, es la que de veras ha triunfado en este modo de concebir la sociología.) El conductismo, epítome del positivismo, es para esta suerte de sociología la única doctrina aceptable. La encuesta y la estadística, sus herramientas principales.

Para el poder y para la plaza pública nada importa que el positivismo haya sufrido un refutación severa por parte de la epistemología contemporánea, con su consiguiente descrédito en el campo de la filosofía de la ciencia. Lo crucial, en el orden de cosas en que poder y opinión pública se mueven, es que este positivismo haya conseguido su favor. Ello ha creado la fuerte demanda que da sustento a un sinnúmero de practicantes de la indagación social más utilitaria y que, ni por asomo, merece reprobación alguna, habida cuenta de que el buen acopio de datos y la distribución de información fehaciente constituye algo siempre muy deseable. Como cultivador de estudios sociológicos en los que el uso de sondeos de opinión, estadísticas, cuestionarios y análisis multivariados ocupan mis desvelos, sería absurdo que intentara descalificarlos.

Mis objeciones no van por ahí, sino contra el hecho de que el positivismo se haya constituido (y no solo en sociología) en el ideario incuestionado y en el sentido común del nuevo *homme moyen sensuel* de nuestra época. El riesgo que corremos es llegar a persuadirnos de que los datos procesados por los informes y sondeos sociológicos respondan y agoten todos nuestros requisitos cognoscitivos.

La sociología positivista se ha convertido en artículo de primera necesidad. (¡Y hasta en artículo de fe!) Es una forma relativamente objetiva para conocer datos e inferir hechos. Al mismo tiempo el factorialismo hegemónico de la cultura de hoy le ha asegurado un puesto como referente y legitimador permanente para nuestro fantasmagórico *Zeitgeist*, dado que la interpretación tergiversada de los

datos no ha sido aún conjurada. Junto a las pesquisas etnológicas y antropológicas, las sociológicas suministran información para una cultura cuya idea del conocimiento se confunde con la del dominio, adquisición y digestión de datos (*data processing*), frecuentemente sin visión alguna de su significado moral ni de su modo de asimilación en la propia sociedad. (Sus nuevos nombre de moda, –'sociedad de la información' o 'sociedad informacional'– se pronuncian apenas sin ironía, como parte del vocabulario de la cultura, es decir, de la tecnocultura que les es propia<sup>17</sup>.) El positivismo nos hizo apenas ayer adoradores del dato y del argumento pragmático y ensalzadores de los de unas entidades llamadas 'hechos', fueran estos reales, virtuales, o manufacturados. Hoy, además, nos hace adorarlos merced a su capacidad de almacenamiento, manipulación y transmisión informatizada. Nuestra incapacidad de ponerlos en tela de juicio justifica una aseveración tajante sobre la radical pobreza de nuestro huerdo *Zeitgeist*. Esa incapacidad es la que nos permite afirmar que el espíritu de nuestro tiempo consiste en no tenerlo.

Es probable que aquellos científicos sociales que compartan mi diagnóstico se hallen agraciados por una sana conciencia desdichada. Sería comprensible entonces que algunos de ellos se sintieran inclinados a abandonar la liza y dedicarse a mejor causa. En tal caso, y con el mayor respeto, recomendaría para disuadirles que se percataran de que existen límites a la expansión del factorialismo positivista y del pragmatismo empresarial. Por lo pronto, sus propias consecuencias perversas hacen pírrica su victoria. Una sociología confinada al informe neutral, al sondeo de opinión, a la ordenación estadística de los datos y a su cruce sistemático puede, en el mejor de los casos, reflejar un importante logro de la mentalidad moderna: el respeto a una información que aspira a la imparcialidad y a la objetividad. (Hay que insistir: la crítica sensata del positivismo o debe conllevar objeción alguna contra el acopio y presentación analítica de datos y hechos, al contrario). Pero en el peor caso puede convertirse en una tarea de almacenamiento infinito de información que evita, cuidadosamente, el hecho más decisivo acerca de los seres que las ciencias sociales estudia, el de que son entes morales.

Como afirmaba Edward Shils:

---

<sup>17</sup> S. Giner 'Tecnocultura' en (1987) pp. 137-154.

Sociology is not a normative science according to the sensible but simplistic view that distinguishes between "norm" and "fact". It has however, the greatest ethical -and therewith political- implications, by virtue of its construction of the elements of human action. Man's existence as a moral and rational being is a fact of a different order from his existence as a biological entity. Our perception of these properties in him is possible only through organs involving our own moral and rational powers. These qualities that we perceive in man call for the recognition of an affinity that has ethical and political implications. Sociology also possesses ethical and political dispositions, by virtue of its ancestral traditions<sup>18</sup>.

Una parte sustancial de la sociología que hoy cultivamos obedece a estos criterios. Sabe respetar las exigencias del trabajo empírico y el rigor de la pretensión científica que inspira a su empresa pero sabe también eludir las redes del positivismo a ultranza y de la ideología cientifista hegemónica. No parece pues imposible mantener la fidelidad que no pocos sociólogos guardan hacia las intensas intenciones morales de sus clásicos. Hay pruebas fehacientes de que esa fidelidad goza de una presencia vigorosa entre nosotros. Una parte crucial de la antropología y la sociología está empeñada más que nunca en el estudio de los problemas más graves de la humanidad –desde el hambre hasta la violencia política, desde la democracia a los derechos civiles de los grupos, tribus y castas menos privilegiados- así como en la elaboración de propuestas serias e interesantes para resolverlos.

Intentar ganarse respetabilidad a fuerza de huir de la sociología banalizada por la ideología o por el *animus lucrandi* puede no ser suficiente. En el caso de la sociología, dada su propia naturaleza, el encastillamiento en una pura actividad científica de pretendida neutralidad esconde altos riesgos. Por ello escasean los sociólogos a los que no le conciernan los asuntos que son también parte de las preocupaciones de las gentes, como el paro obrero, la delincuencia, la violencia política, la discriminación entre sexos o razas, el privilegio clasista y la corrupción gubernamental. Por su parte, no hay antropólogo que pueda mostrar indiferencia (ni siquiera metodológicamente) a la absorción de una cultura prealfabeta y 'aborigen' por parte de otra moderna, cuando ese es el pan de cada día de su experiencia de campo. Por eso afirmaba Shils que la ciencia social posee siempre implicaciones éticas y políticas. Si ello es así ¿hasta qué punto es posible contemplar fenómenos de esta índole, clínica y distanciadamente? Lo crucial en este asunto es que no existe impedimento epistemológico o metodológico alguno

---

<sup>18</sup> T. González de la Fe (1989) pp. 102-103.

a que lo mueva a antropólogos y sociólogos para preocuparse científicamente por un problema dado, tenga una raíz esencialmente moral. El rigor y la objetividad en nuestros análisis no están reñidos con los juicios de valor que debemos emitir a la luz de sus resultados y menos aún con las motivaciones que nos condujeron a estudiar la pobreza, la discriminación racial, la violencia contra las mujeres, la corrupción política, el terrorismo y tantas otras cuestiones incómodas, en las que la transgresión ética es flagrante, amén de aquéllas en las que, si existe, es mucho más sutil. Es ridículo pretender abstenerse de juicios morales en el fomento de un saber que aspira a explicar racionalmente fenómenos sociales. Estos son, por definición, fenómenos morales.

No se trata de una mera opinión: la dimensión moral es lo que constituye la sociedad humana. Las demás sociedades animales están libres de ella. (Aunque los animales merezcan nuestro respeto moral más profundo.) Mas no la nuestra. Es un hecho bruto cuyo escamoteo, en toda ciencia social, es injustificable.

Cuando la medicina erradica el cólera o la técnica aerospacial explora la Luna o los astros, suelen alegarse causas humanitarias o beneficios para la humanidad para financiar tales operaciones. Ello contrasta con la actitud aséptica de aquellos científicos sociales que pretenden ejercitar su profesión al margen de toda consideración de beneficios para los seres humanos. En cambio los médicos ni se plantean si una vacuna o inmunización (no acompañada de otras medidas) va a disparar el hambre y la pobreza al multiplicar la población de un país misérrimo<sup>19</sup>. Tampoco parecen muy preocupados ingenieros y astrofísicos acerca de si no sería mejor invertir los dineros de la exploración espacial en proteger fauna y flora, salvar la pureza de nuestra atmósfera, combatir la miseria y el hambre de los humildes. Lo último, por ejemplo, es tarea de la mayor urgencia, frente a otras, cuya probidad científica están, por otra parte, fuera de toda duda. Quienes cultivan la ciencia natural –como ha demostrado precisamente la sociología del conocimiento científico– emiten juicios de valor sin el mayor sonrojo. ¿Por qué tendrían que ser las humildes ciencias humanas una excepción? Según enseñó Max Weber, la vocación científica (la devoción o piedad ante el saber objetivo) entraña ya en sí misma una valoración moral afirmativa sobre la actividad racional analítica que se emprende. También enseñó que la preocupaciones morales, y por ende los ciertos juicios de valor, no solo son compatibles con el saber sino que incitan nuestro afán de conocimiento objetivo. Nunca la visión

---

<sup>19</sup> J. Drèze y A. Sen, (1989) y S. Reuben Soto (1995) con enfoques contrastados.

idealizada del médico o del científico pusieron en entredicho su capacidad por lograr conocimiento objetivo. ¿Cómo no aplicar igual lógica a la vocación que inspira a la ciencias del ser humano?<sup>20</sup>.

A pesar de esta obviedad, la sociología, triunfante cuando es banal o hace de mera herramienta informativa, indigente cuando pretende engendrar un saber más noble, es acusada de falta a la objetividad aunque ponga sus cartas boca arriba, es decir, aunque haga explícitos los valores que la inspiran. No obstante, la sociología más cumplida que se ha producido es, y no por mera casualidad, aquella que ha emitido un juicio moral sobre diversos aspectos de la civilización de su tiempo, así como sobre los hombres que han asumido responsabilidades en la vida social y en sus conflictos. Un juicio moral que en su caso se ha apoyado en el rigor, la parsimonia y el respeto debido a los hechos conocidos y los datos disponibles. *La ética de la sociología es la de la objetividad*, la de la llamada a los hechos, *no la de la neutralidad moral*. Su fuerza es la del dato, honestamente presentado y, en última instancia, moralmente interpretado.

Para que se cumpla ese ideal aquellas ciencias sociales que son también ciencias humanas deben permanecer uncidas, como he señalado ya, a una reflexión ambiciosa acerca de cuál deba ser *la buena sociedad*. Con ello no propongo, ni mucho menos, que antropólogos y sociólogos se libren al utopismo o al criptoutopismo. Se trata solamente de que sepan o por lo menos se planteen cuál debería ser la mejor situación factible para las gentes de carne y hueso cuya condición, anhelos y destino contemplan y estudian. Cada escuela interpretará la noción de 'mejor situación factible' a su manera. Esta no fue la misma para Comte que para Marx, cuyas sendas visiones del futuro de la humanidad (sus respectivas buenas sociedades), aparte de diferir entre sí profundamente, entraban en el terreno de lo esencialmente utópico. Ni fue la misma para Simmel, Weber y Durkheim, que también diferían entre sí, pero que tenían sus respectivas visiones de la sociedad deseable, decente, civilizada y posible. Hasta algunos, como el último, se esforzaron por proponerlo explícitamente y no como un comentario liminar o a su cuerpo de elaboraciones científicas, o implícito en ellas, sino como aportación sustancial a la civilización a la que Durkheim pensaba que podíamos aspirar realista y legítimamente.

En esta tarea los científicos sociales no están solos ni pueden pretender monopolio alguno: filósofos sociales como Popper, hostiles a construcciones

---

<sup>20</sup> E. Shils (1961) y M. Weber (1984).

cerradas, han tenido su noción explícita de la buena sociedad factible, mientras que la empresa de Keynes era concebir la economía como una ciencia moral, conducente a un mundo menos bárbaro. Estemos o no de acuerdo con Hayek, también él tenía su visión de la sociedad buena. No es inocente por mi parte evocar a tres de los grandes padres del liberalismo de los siglos XX y XXI como ejemplo. Nadie, ni sus contrincantes, tiene el monopolio de la verdad y la rectitud.

Proponer que la idea de la buena sociedad pertenezca en exclusiva a la especulación ética es irrisorio, por mucho que tal tarea sea esencial para la filosofía moral. Pero proponer que la sociología y la antropología (precisamente ellas) deban estar libres de una imagen de lo que deba ser la sociedad buena es a la vez ingenuo y torpe. Sería como esperar que nada noble inspirara los diagnósticos que los científicos sociales emiten sobre fenómenos malignos y dañinos como los enumerados más arriba. Esto no significa que todo lo que se haga tenga que confundirse con la ética, ni mucho menos. Hay que evitar la moralización gratuita y el sermón. Mi argumento va en dirección contraria: la noción que propone es que, moralmente, el conocimiento objetivo se justifica a sí mismo. Aunque a menudo necesite de la función del antropólogo y el sociólogo, como ciudadano activo y responsable, para incorporarse al uso público de la razón<sup>21</sup>.

La ética de la objetividad no basta para hacer ciencias humanas. Éstas serán más ricas y útiles si se inspiran también en una preocupación por coadyuvar a hallar soluciones racionales y eminentemente posibles a males concretos de la humanidad. Esto es lo que legitima su misión ante los demás en última instancia. Una vez más, el conocimiento social científico de la realidad debe pues ser medido por su aportación, por humilde que sea, al interés común, que es el de vivir en una sociedad lo más decente y justa posible según las condiciones de las que partimos para lograrlo<sup>22</sup>. La otra justificación, la del afán de saber según criterios de racionalidad y conocimiento objetivo, es tan poderosa como ella. Afortunadamente, la una estimula el desarrollo de la otra. Las ciencias humanas ganarán en alcance como tales así como en dignidad teórica solo si permanecen en el ámbito de nuestra competencia moral.

---

<sup>21</sup> De ahí la íntima relación entre el estudio y desarrollo de la política social como disciplina académica de inmediata utilidad cívica y las ciencias humanas. A guisa de ejemplo, en el que se vinculan ciudadanía y derechos humanos con la política social entendida desde la ciencia social, cf. S. Reuben Soto (2000).

<sup>22</sup> V. Camps y S. Giner (1992).

#### **4. El porvenir de las ciencias humanas**

La progresiva diseminación de la inteligencia sociológica no puede desvincularse de su demanda. Responde esta a que las disciplinas que la ponen en práctica poseen una técnica eficaz para satisfacer toda suerte de necesidades empresariales, partidistas, administrativas y gubernamentales, amén de suministrar un flujo constante, insustituible, de información con datos fehacientes y objetivos, o por lo menos de mucha mayor fiabilidad que los que nos proporcionan otras fuentes. La manifiesta capacidad de las ciencias sociales para contribuir a la elaboración de estrategias de toda índole (entre las que descuellan las políticas sociales) las ha hecho muy valiosas. También, por ello mismo, han caído presa, a menudo, de intereses gremiales, clasistas o de algún otro modo circunscritos. Eso último es, más que cualquier otra cosa, lo que las ha convertido en un bien codiciado por las más diversas fuerzas del mercado o del poder.

Otro factor a favor de su expansión reside en una cultura como la de nuestro tiempo, que en muchos países y ámbitos pretende fundamentarse en el uso público de la razón a través de la democracia. El imperativo de racionalidad pública obliga indefectiblemente a argumentar, estudiar, cotejar y dialogar antes de decidir sobre la conducta por seguir, para bien de todos. Antropología y sociología acuden entonces a la construcción del interés común con la misma fuerza con la que lo puedan hacer las otras ciencias sociales –la economía– o las de la salud. Que este proceso no culmine rápidamente en un éxito unívoco y que el mundo continúe siendo hoy tan peligroso e imperfecto como es, obedece ya a otras causas.

Hay una relación sutil, pero sólida, entre el éxito mundano de sociología y antropología (que incluye su fuerte demanda pública y privada, según criterios hipotéticamente utilitarios) por un lado y su pertinencia y necesidad como componentes de nuestra conciencia moral más profunda, por otro. Queda así por probar que cuantos estudios sociológicos, económicos o de otra índole se realizan por encargo para cubrir las necesidades del cliente, al margen de una visión moral de mayor alcance, sirven siempre de algo. Es decir, conviene identificar cuáles son útiles y cuáles son cosméticos, o hasta cuáles no sirven a ningún fin confesable.

Si son así las cosas, conviene que el científico social independiente tome distancias contra la versión banal de su oficio en favor de la genuina. Para cumplir bien su misión, su vocación, no tiene porqué anatemizar sin ton ni son cualquier

indagación utilitaria. En efecto, no solo abundan las bien hechas, sino que muchas suministran información pertinente para mejores fines que los del encargo realizado originalmente a los investigadores. Pero por lo menos tiene que saber distinguir clara y explícitamente entre los dos modos de hacer sociología, el de servicio empresarial específico y el de servicio a la razón pública.

La aceptación y el reconocimiento de la responsabilidad ética de la disciplina entraña distanciamientos prudentes frente a algunas de sus prácticas y sobre todo frente a sus aberraciones. Esta decisión dimana del carácter esencialmente humanístico de esta ciencia social, que comparte con la antropología.

Por ventura la dimensión humanística de las ciencias sociales como las dos examinadas aquí no es incompatible con su dimensión científica. (En el sentido genuino de la expresión, ciencia es aspiración rigurosa al conocimiento objetivo por medios racionales, seculares y empíricos, en cualquier campo.) Tal dimensión no está nunca en condiciones de agotar toda la actividad investigativa puesto que si antropología y sociología son también humanismo, o parte esencial del humanismo moderno, secular, analítico y racional ¿qué otra posibilidad cabría?. La disyuntiva *aut scientia aut nihil*, o ciencia, o nada, no va con ellas. Su misión es ser a un tiempo *scientia atque humanitas*.

Cierto es que una parte de la comunidad de los científicos sociales es indiferente, cuando no hostil, a estas preguntas. En su empeño admirable por asegurarse un lugar en el sol de la ciencia hipermoderna, un sector militante de la ciencia social se ha afanado por unirse a la estocada y descabello que han querido dar, todos al alimón, a la naturaleza humana. Pero una cosa es que, como señalé más arriba, no lleguemos nunca a conocerla del todo, y otra, muy distinta, que la diluyamos en una concepción biológica, mecanicista y neuronal del hombre, que diluyamos del todo el componente ético que le caracteriza y que, por lo tanto, caracteriza a sus sociedades. Estas son, ante todo, entes morales.

Que el precio de la cientificidad totalizante fuera vaciar al ser humano de contenido moral sería justificable quizá, si fueran más sustanciales los resultados cognoscitivos de la hipótesis que suponernos entes, sin más ánimo que el que pueda tener un organismo con sus vísceras<sup>23</sup>. No obstante, hasta quienes se atienen a un modelo de conciencia humana como electora racional de acciones y fines según intereses subjetivos e individuales (dentro de la escuela del llamado

---

<sup>23</sup> J. Lopreato (1984).

individualismo metodológico, predominante en economía) ponen en tela de juicio – como lo haría cualquier positivista– el mérito y la necesidad de apoyarse en una concepción humanística de la sociedad.

Los antropólogos y sociólogos que estén libres de una visión individualista metodológica pueden caer en la tentación contraria, la de suprimir la naturaleza humana. Así hacen quienes ofrecen una versión hipersocializada del hombre, para la cual la naturaleza humana consiste en no tenerla, en ser una tabla rasa capaz de infinita plasticidad socializable y asimiladora de normas y cultura. Surge así un homo sociologicus, a guisa de cascarón hecho solo de roles y funciones sociales, o sea, para una concepción ética o humanista, una entidad huera e inservible<sup>24</sup>.

Por definición, la posesión de atributos morales obliga a la sociología a centrarse sobre sujetos dotados de conciencia, razón, pasiones, intenciones y fidelidades u hostilidades –ajenas al cálculo racional– y guiadas muchas veces por procesos carismáticos, tribales o emocionales<sup>25</sup>. Para ella el hombre es un sujeto cuya naturaleza es identificable no solo más allá de la razón instrumental que, entre otros rasgos, también la caracteriza, sino que también puede encontrarse más allá de las circunstancias históricas, biográficas y socioestructurales.

Aunque estas condiciones tiñan y modifiquen la antropología y la sociología como ciencias –las conviertan en ciencias sui generis–, existe un imperativo que nos obliga a suponer la existencia de la pertinaz naturaleza humana. Sin que la supongamos nos es imposible generalizar, expresarnos en un lenguaje universalizable, que pueda penetrar en mundos distintos al nuestro. La eliminación de la hipótesis 'naturaleza humana' nos sume indefectiblemente, como estudiosos de la sociedad, en el autismo, pues nos obliga a negar nuestra capacidad de entender cualquier otra comunidad que no sea la nuestra, o cualquier otro ser humano que no comparta nuestro propio mundo. El conocido principio de caridad de la epistemología no es solo una herramienta para entender, es también un paso sociológico para compadecer y también para explicar, con todo el rigor necesario, la conducta humana, universalmente, a través de las condiciones objetivas (a través de la lógica de su situación específica) en que se desarrolla<sup>26</sup>.

---

<sup>24</sup> R. Dahrendorf (1968), es especial 'Homo Sociologicus', pp. 127-193 y 'Soziologie und menschliche Natur', pp. 194-210, pero sobre todo 'Human Nature and the Perspective of Sociology' y 'The Oversocialized Conception of Man in Modern Sociology' en D.H. Wrong (1976) pp.17-20 y 55-70.

<sup>25</sup> S. Giner (2003)

<sup>26</sup> Cf. las críticas a las posiciones relativistas y que niegan la naturaleza humana universal así como la cognoscibilidad de sociedades o culturas ajenas a la nuestra en S. Giner y R. Scartezini (1996).

No es que falte una concepción de la naturaleza humana en las ciencias humanas. Poseerla es, sencillamente, inescapable. Aunque sea a escondidas, siempre levanta la cabeza. Cosa muy distinta de este postulado (pues no es otra cosa) es que el pluralismo sociológico, la variedad de perspectivas y escuelas sea también inevitable. También es deseable, puesto que la multiplicidad de escuelas engendra una fructífera coexistencia competitiva, como en cualquier otro campo. La querrela de las epistemologías y la de las diversas concepciones de lo humano y lo social anima el discurso, agudiza los ingenios y produce resultados interesantes. Además, dada la complejidad del universo analizado, en no pocos casos las diversas perspectivas, aunque se pretendan hostiles entre sí, o se ignoren abiertamente, iluminan facetas diferentes de la realidad. A menudo son menos incompatibles entre ellas de lo que están dispuestos a conceder sus secuaces respectivos.

Reconocer la bondad de la diversidad y la aportación de cada escuela no debe entrañar, empero, la renuncia a la defensa de los méritos de un enfoque sobre los demás. Mi argumento camina en esa dirección. Así, estoy reivindicando la pertinencia y ventajas de aquella tradición sociológica que responde a los imperativos del humanismo y que, a la vez, posee el más alto grado posible de compatibilidad con la mayor parte de las demás escuelas y posiciones sociológicas conocidas. Me refiero a aquella corriente que conjuga los asertos básicos de la racionalidad de los individuos en la toma de decisiones con el análisis de la situación social objetiva (en la que hay que incluir creencias y saberes) de personas, grupos y colectividades<sup>27</sup>. Esta tradición cumple con los requisitos de la cientificidad, por un lado, y los del humanismo, por otro. Así, obedece a los primeros (como ocurre con igual tradición en economía política y politología) por responder a criterios firmes de análisis. En efecto, el supuesto de racionalidad entraña un alto grado de predicción: si fuéramos solamente seres irracionales (no 'a-racionales', como las bestias) nada podría predecirse con seguridad sobre nosotros, salvo en lo que tenemos de especie animal. Y el supuesto de racionalidad compartida por toda la raza humana (venerable idea aristotélica sin la que no sabríamos cómo hacer ciencia social hoy) no excluye, sino al contrario, que seamos también presa de temores, pasiones y ansiedades a veces irracionales.

---

<sup>27</sup> S. Giner (1996) para una introducción general al enfoque de la lógica situacional.

La razón recubre y usa, táctica o estratégicamente, pasiones e intereses, además de creencias de toda índole, incluidas las míticas, sin menoscabo para ella, como ha puesto de relieve la teoría sociológica por lo menos desde tiempos tan remotos como los de Pareto y Simme<sup>28</sup>. Pasiones, creencias e intereses se expresan luego por medio de conductas racionales o razonables (es decir, adecuadas a sus fines) en lo económico, lo político, lo cultural y lo comunitario. Tal comportamiento, o acción social, debe manifestarse en el marco institucional y normativo de cada sociedad. Solo con exquisita cautela pueden tildarse de irracional este proceso o sus componentes. Así por ejemplo, cuando alguien cree algo (por irracional que parezca) no es irracional que se conduzca de acuerdo con ello<sup>29</sup>. Las creencias, además, no solo pueden ser racionales, sino que hasta las que entre ellas pueden calificarse de carismáticas pueden poseer elementos poderosos de racionalidad<sup>30</sup>. La sociología busca las razones del creer, el componente racional en las creencias y también las buenas razones que impulsan a la acción o explican una institución. Busca buenas razones como causas de comportamiento y como legitimantes de lo que existe, es decir, del orden social, así como de lo que se cuestiona o en torno a lo cual se lucha. El conflicto es, para ella, tan racional (o irracional) como el orden. Lo que es funcional o conveniente para unos puede ser muy gravoso o dañino para otros, de modo que hay comportamientos encontrados y mutuamente hostiles que poseen, todos a la vez, buenas razones para existir. Con ello, las ciencias humanas no asumen que haya buenas razones para todo o que todo sea racional o razonable. Al contrario, dejan lugar para lo irracional: pero tienen que ponerse en la situación de cada cual (del rico y del pobre, del musulmán y del cristiano, de la mujer y del hombre, del ciudadano y del forastero, del indio en Chiapas y del habitante de la Ciudad de México) para entender los entresijos de la vida social. Y también para asignar responsabilidades morales a la acción<sup>31</sup>, porque su saber no es un saber cínico.

Merced a esa perspectiva, la antropología y la sociología contribuyen a la necesaria reformulación de la vieja teoría de las pasiones y las necesidades

---

<sup>28</sup> F.G. Bailey (1983) para una teorización del fenómeno.

<sup>29</sup> R. Boudon 1990.

<sup>30</sup> Sobre la potencial racionalidad del carisma, cf. S. Giner (1996) y (2003)

<sup>31</sup> Sobre la dimensión ética de la conducta, sociológicamente considerada, cf. F. Crespi (1999) pp. 349-366.

humanas. Ésta se impone bajo condiciones de modernidad avanzada, y a veces como respuesta vigorosa y adecuada al neonihilismo de los actuales relativistas.

Es evidente que defino esta corriente, la de las ciencias humanas tradicionales, de un modo asaz amplio. Como si no hubiera diferencias, y muy serias, entre sus diversas escuelas. Pero me atengo solo a aquello sobre lo que los herederos de la tradición clásica, de Marx a Malinowski, de Simmel a Lévi-Strauss, estarían de acuerdo. En todo caso, ninguno vaciaría al ser humano de contenido, ni adoptaría una posición individualista y enemiga de las estructuras, o al revés, una posición estructuralista incapaz de reconocer conciencias activas.

Suponer la racionalidad elemental de los agentes de la acción (la adecuación de su conducta a la lógica de la situación social) no es asumir que la sociedad consista en la suma aritmética de actos individuales e ignorar las estructuras (o marco institucional) en que estos se plasman. La atribución de intenciones subjetivas (en gran parte racionales, tanto si son de orden instrumental o utilitario como si obedecen a motivaciones credenciales, o de moralidad sustancial) incluye la incorporación de la estructura social, con lo cual el enfoque que preconizo —el de que la sociedad es interacción, el lugar en que se entrecruzan conciencias y voluntades, aunque sea el marco de instituciones y normas— de por sí ayuda a superar el problema perenne de la ciencia social: el de enfrentarse con la *quaestio* de puente entre el nivel micro y el macro de la realidad, entre la acción intencional y la estructura. Las instituciones y los colectivos poseen componentes irreductibles a sus rasgos individuales. A menudo, ni siquiera pueden agregarse las voluntades de los individuos que las componen. La acción al unísono puede obedecer ya a la coordinación imperativa por parte del poder, ya a la obediencia de una colectividad a una creencia o carisma determinado. Las dificultades epistemológicas generadas por la doble dimensión de la realidad social no son insuperables, a pesar de que la vasta literatura dedicada a resolverlas parezca indicar lo contrario.

Dentro del marco creado por esta tradición, esta *philosophia perennis* de las ciencias humanas es donde mejor puede elaborarse una concepción del hombre que responda tanto a los requisitos de la ciencia como a los de la filosofía. No me parece que esta sea una sugerencia fuera de lugar. Por lo pronto no intenta, ni mucho menos, abogar por una confusión entre las tres áreas y culturas respectivas que nos atañen: la científica natural, la sociológica y la filosófica. Mas una cosa es apelar a la alfabetización ética de los sociólogos y combatir al mismo tiempo el analfabetismo sociológico de algunos filósofos morales y otra, muy

distinta, es confundir sus cometidos respectivos. Tienen objetivos diferentes y es menester combatir ciertas tendencias detectables hacia su confusión contemporánea por parte de algunos de sus practicantes. Dicho esto, lo que he llamado más arriba condición anfibia de la sociología responde también a sus afinidades científicas, por un lado, y filosóficas, por otro.

Un análisis sosegado de los supuestos generales de las disciplinas que estudian al hombre como ser social multidimensional –la antropología y la sociología entre ellas– nos conduce al descubrimiento de una plataforma de acuerdos y consensos sorprendentemente amplia entre quienes las cultivan. A no dudarlo, una codificación cerrada y dogmática de tal plataforma sería inadmisibles, y contraria al mismo espíritu humanista que aquí se preconiza. No obstante, confeccionada en forma de inventario de hipótesis compartidas, o por lo menos no mutuamente incompatibles, no constituye en absoluto una empresa insensata. Sobre todo si esas hipótesis se consideran abiertas, tentativas y nunca exhaustivas, basadas en el acervo del saber sobre el hombre, sus pasiones, predisposiciones y facultades, así como sobre las pocas generalizaciones sólidas que poseemos sobre la sociedad que nos alberga<sup>32</sup>. Quedarían fuera de ese inventario aquellos supuestos excluyentes que respondieran a escuelas anatemizadoras de cualquier enfoque complejo en ciencia social y reduccionistas en el suyo. Ello ocurriría con las conductistas extremas, con las místicas e infalseables y con las puramente metafísicas. Su existencia puede registrarse, y a no dudarlo resultar interesante para la sociología de la cultura o del conocimiento, pero no puede recibir una actitud deferente por parte de aquellas ciencias humanas que son herederas de la tradición clásica.

En resolución, la continuidad del modo sociológico y antropológico en la cultura moderna y su hegemonía presente se justifican solo si ambas disciplinas hermanas mantienen su fidelidad a los principios de la intencionalidad racional, por una parte, y del humanismo, por otro. Lo primero supone asumir un nivel notable de racionalidad en el hombre. Entender que lo irracional, per se, no existe en sí mismo: solo existe con referencia a criterios de superior racionalidad moral. Y a estos solo llega la razón ética a través de un proceso de desbroce incesante. El otro criterio, el del humanismo, también se impone: es una perspectiva que asume la existencia universal de una naturaleza humana, con sus infinitas variantes individuales y su apertura constante al molde social, pero siempre sujeta a

---

<sup>32</sup> Ejemplos: B. Berelson y G. Steiner (1964), R. Collins (1957), S. Giner (1976), C.G.A. Bryant y A. Becker (1990).

pasiones y a razones, inspirada por un impenitente afán de ser libre, de ser un ente en alguna medida responsable y en ese sentido irreducible a la cientificidad. Ciertamente esa inclinación humana hacia la libertad no excluye que podamos ser científicamente analizados, pero circunscribe el alcance de semejante operación. Por eso he insistido en que lo que indagamos como científicos sociales, de veras, es sobre todo la condición humana, en cada sitio, en cada situación, en cada momento. Nuestra pesquisa es inseparable de la historicidad de lo que estudiamos, pero no es relativista, sino que la trasciende. Así, estudiamos la determinación social de nuestras vidas, paradójica y precisamente, para entender el humano albedrío.

Su espacio es angosto, pero su ejercicio no cesa de maravillarnos. La ciencia social estudia conflictos y voluntades encontradas, así como estructuras sociales, muchas de ellas de dominación y subyugación, de fatalidad y determinismo. Pero entre ellas resplandece la estructura social de la libertad. También esta necesita, como la de la fraternidad, la indagación incansable de las ciencias humanas.

Estas, como disciplinas anfibias, poseen una competencia empírica que les confiere la dignidad teórica de la ciencia moderna, al tiempo que responden a los imperativos de hacer de ella una tarea humanística. Este modo de hacer asume con ironía la condición trágica de la vida humana: la maleabilidad social del hombre, pero también la universalidad de sus facultades y pasiones y su curiosa tozudez por querer ser libre en un mundo fraguado en la determinación y el sino. Las ciencias humanas, con el largo tiempo y experiencia que llevan ya a cuestas, deben asumir de lleno su morada endémica. Es esa tierra de nadie que se sitúa entre las intenciones de mujeres y hombres que se piensan y se quieren libres y las condiciones materiales y sociales que, una y otra vez, les niegan su ensueño.

### **Advertencia y bibliografía**

Agradezco sobremanera a la Escuela de Antropología y Sociología de la Universidad de Costa Rica la oportunidad que me ha ofrecido de revisar a fondo, ampliar y reescribir por entero mi texto Una incierta victoria: la inteligencia sociológica que, tras presentarlo en la Sorbona en la Conferencia internacional 'Cent Ans de Sociologie' –y aparecer en los Annales del Instituto Internacional de Sociología en versión inglesa, en 1994– se publicó diez años después en castellano por la Fundación Marcelino Botín, de Santander, y fue también

reproducido por Teresa González de la Fe en el libro compilado por ella que se reseña más abajo.